

Este domingo XVIII del tiempo ordinario coincide con el inicio de un nuevo mes, agosto. Debemos de tener en cuenta este hecho, particularmente en el hemisferio norte, ya que gran parte de la gente comienza las vacaciones de verano. Por eso, en nuestra celebración dominical podemos encontrar caras nuevas que han llegado para pasar unos días de descanso entre nosotros: hay que acogerlos con naturalidad, que se sientan cómodos, e incluso si no conocen nuestro idioma convendría ofrecerles algún tipo de subsidio para una mejor participación en la eucaristía (una traducción de las lecturas en su idioma, por ejemplo, o un *Ordinario de la Misa* bilingüe).

▣ JESÚS BUSCABA TRANQUILIDAD Y SOLEDAD

El evangelio de este domingo comienza diciéndonos que Jesús «se marchó a un sitio tranquilo y apartado». Después de haber estado predicando y anunciando el misterio del reino de Dios por medio de parábolas, Jesús cambia de actividad. Desea tener un tiempo de paz, de soledad. Seguramente quería orar, pasar un tiempo de intimidad con el Padre, como se nos dice en otros pasajes evangélicos. Muchas veces nosotros vivimos inmersos en actividades, todo el día ocupado con unas cosas y otras. Sin embargo, es necesario un tiempo de sosiego, un espacio para la oración, que nos relacione con Dios y «cargue nuestras pilas». Hay que alimentar la vida espiritual. La Eucaristía es uno de esos momentos. Pero no solo ese es necesario. También deberemos buscar espacio para la oración personal. De tal modo que Dios «renueve y proteja la obra de sus manos» en cada uno de nosotros (oración colecta).

▣ JESÚS ATIENDE AL GENTÍO

Jesús, viendo la gente que se había congregado esperándole a la orilla del lago, sintió lástima de ellos. Y los atiende, entregándose con gran caridad pastoral. Los discípulos preferían despedir a la gente para que se marcharan a las aldeas y comieran. Pero Jesús hace todo lo contrario: él mismo los atiende dándoles de comer.

Así, nos ofrece un modelo a seguir en nuestra parroquia y en nuestras actividades pastorales. Independientemente de las personas, independientemente de los medios, nuestra actitud debe ser la misma que él tenía para con sus seguidores: mirarles con la misma mirada de Jesús y actuar

como Jesús actuaría, con una entrega total. Jesús nos dice hoy también a nosotros: «Dadles vosotros de comer».

▣ MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y LOS PECES

El relato de la multiplicación de los panes y de los peces tiene, en primer lugar, un *trasfondo veterotestamentario*. La ambientación del pasaje nos recuerda a Moisés que alimenta al pueblo peregrino por el desierto con el maná (cf. Ex 16; Dt 8,3.16; Sal 77,24-25.29; Sal 104,40; Sb 16,20-26). Jesús es presentado como el nuevo Moisés, que alimenta al pueblo que le rodea (el próximo domingo también podemos poner a Jesús en relación con Moisés al dominar las aguas: Jesús calmó la tempestad del lago, Moisés dividió en dos el mar Rojo).

En segundo lugar, la terminología usada en el evangelio tiene un claro *contexto eucarístico* ya que nos remite a la institución de este sacramento. Mateo dice que era tarde; la última cena fue al anochecer. Jesús tomó los panes, pronunció la bendición, los partió y los dio a la gente; son las mismas fórmulas que encontramos en la última cena. La multiplicación de los panes es, por tanto, una profecía de la Eucaristía, donde Jesús dará un alimento muy superior al terrenal: su propio cuerpo, pan de la vida eterna.

En tercer lugar destaca la implicación de los discípulos –*dimensión eclesiológica*– en la ejecución del milagro. Jesús les ordena que les den ellos de comer y la gente aporta cinco panes y dos peces. Los seguidores de Jesús prolongan en el mundo su acción. A la Iglesia se le ha confiado la misión de Cristo.

Finalmente la liturgia de la Palabra nos muestra la *universalidad* de la salvación. La primera lectura que nos prepara para escuchar el evangelio no recoge ni a Dios ofreciendo el maná a su pueblo, ni a Eliseo multiplicando los panes, sino que leemos un texto profético de Isaías que describe cómo la salvación no se reserva solo al pueblo judío sino a todo aquel que desee acogerla: «Oíd sedientos todos; acudid... también los que no tenéis dinero». Igualmente Jesús en el evangelio da de comer sobreabundantemente a toda la multitud que le seguía. Jesús se da sin medida y a todos.

La elección de uno de los prefacios sobre la Eucaristía podría ser un buen complemento a los textos bíblicos de la misa de este domingo.

JOSÉ ANTONIO GOÑI